

Testimonio sobre Noé



Margo Glantz

Tengo en mi mesa más de treinta libros de los que escribió Noé Jitrik, además de unos tomos de la *Historia Crítica de la Literatura Argentina* que impulsó y dirigió. ¿Por dónde empiezo? ¿Qué privilegio? ¿Su escritura y su inteligencia o el enorme cariño que durante más de cuarenta años nos unió con él y Tununa Mercado?

Conocí a Noé, antes de tratarlo personalmente, por su libro *Quiroga, una obra de experiencia y riesgo* que me entusiasmó tanto que escribí un ensayo sobre la posible ¿influencia? de Poe en Quiroga; cayó en mis manos luego *Muerte y resurrección de Facundo*, cuya selvática cabellera privilegiada por Jitrik me inspiró un ensayito sobre esa capilaridad: lo publiqué en una de mis columnas del periódico mexicano *Unomásuno*, y lo recuperé en mi libro llamado después *La cabellera andante*. En México, cuando ya Noé vivía allí, exilado por la dictadura y donde pasó cerca de catorce años, asistí a un seminario suyo sobre *Morirás lejos* de José Emilio Pacheco, una obra muy especial en la trayectoria de ese poeta mexicano, y que dio pábulo a un ensayo mío sobre ese libro que sin el brillante análisis de Noé no hubiese podido escribir.

Durante su estancia en México compartimos a menudo el pan y el vino cotidianos, además de las muy interesantes charlas que sosteníamos cada vez que nos encontramos, entre otros, con los Cardoza y Aragón, con Barbara Jacobs y Tito Monterroso; con los Giménez Cacho en su casa de campo de Nepantla; con Alena y Jean Galard, representantes del Estado francés en México; con Sergio Pitol, Carlos Monsiváis, Luis Prieto en mi casa o, cuando regresaban los Jitrik de visita a México, con Mario Bellatín y sus temibles perros.

En Buenos Aires, siempre atentos y cariñosos, asistían a mis participaciones públicas y leían mis ensayos y libros de ficción que empecé a escribir justo cuando Noé y Tununa estuvieron viviendo en mi país: conservo con avaricia y gratitud varios de los textos y correos que Noé y Tununa me escribieron comentando sobre ellos.

En septiembre pasado pasé diez días en la Argentina, vi a Tununa y a Noé varias veces, con generosidad invariable asistieron a mis participaciones públicas y ya en familia almorzamos juntos con Celina Manzoni, Demian Paredes y Julio P. Rovelli. El último día que pasé en Buenos Aires, el 14 de septiembre, fuimos juntos al Parque de la Memoria a recordar a las víctimas de la dictadura, a ver la exposición fotográfica de Sara Facio, a pasear y a comer choripanes: una imagen indeleble permanece en mi memoria, Noé y Tununa, enlazados brazo con brazo como adolescentes, caminando

con una agilidad sorprendente como en los viejos tiempos, después de sesenta años de vida en común. Regresamos, Noé conducía con precaución (me acordé de su libro *Los lentos tranvías*, publicado en México en 1988). Yo, debo confesarlo, con miedo, pero atenta a las brillantes observaciones que Noé hacía de repente sobre lo más banal y cotidiano y sobre su verdadera pasión, la escritura, porque como él escribió en el prólogo de su último libro publicado, *Ensayos sencillos*: “se me fueron presentando temas que van de lo muy particular, unas figuras, una situación, a lo general, de un esbozo de concepto que, simplemente relatado, podría llegar a tener algún sentido...”.